

GUZMAN DE ALFARACHE.

SEGUNDA PARTE,

POR MATEO LUJAN DE SAYAVEDRA.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO PRIMERO.

De cómo Guzmán de Alfarache se fué de Roma, y lo que le sucedió al salir.

Cansado me tenían en Roma mis malos sucesos, y no me satisfacía la vida en casa del embajador de Francia; porque, como dije, solo me tenía para su gusto y no miraba por mi provecho. Y aunque yo tampoco miraba por el mio; pero tenía hecha costumbre de casa de monseñor, adonde se tenía cuenta conmigo y mi aprovechamiento que yo pudiera tener; y como procedía de caridad (aunque yo lo desmerecía), no se cansaban de hacerme beneficios; que la caridad en suma tiene las cualidades que dice san Pablo: que no busca lo que es suyo, no se hincha, no tiene emulación, todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, y aunque no se huelga del mal, pero es paciente y benigna. En casa del embajador, aunque tenía entretenimiento, pero no tenía contento, y parecíame vida poco duradera, que así son las privanzas de graciosos y que privan por traer recaudos amorosos, y al primer disgusto ya habeis caído de la privanza; que los hombres se quieren servir más que Dios, pues no admiten penitencia, y todos los servicios de años no son considerados si caéis en un descuido. Iba me resolviendo de mudarme de allí, y en mi era muy fácil la mudanza, así fuera en los vestidos como lo era en mis pensamientos: cada día y aun cada momento tuviera de nuevos. Añadíase á mi resolución el cuidado que tenían los criados de procurarme incomodidades, con deseo de que les dejase; que aunque la privanza con mi amo no era mucha, no estaban bien con mis condiciones y libertades, y recelaban mis burlas, porque tenían mucha noticia de las que yo había hecho en casa de monseñor, como los que muy de ordinario acompañando á su amo habían conferido con los otros criados de monseñor: y no se hablaban sino cuentos míos, y aun era mas el ruido que las nueces. Todos los celebraban y encañecían, y añadian lo que les parecía: que al cuento no se tiene por buen relator el que no le añade, porque haya algo de su botica, y así á cuatro que le refieren está del todo mudado. En opinion dellos era tenido por mas que travieso, y que tenía familiar, cosa por aquellas partes muy usada. Mis descuidos para con mi amo los hacían delictos muy graves, y aun los fingían. Y harto fui cuerdo en pensar que no estaba seguro de un falso testimonio entre gente tan sospechosa, y que en razon de la nacion me quería tan mal, y por las suyas no tenían ganado nombre de fidelidad. Eran de varias; pero ninguna con la sencillez del castellano viejo. Había gascones, valones, jeneses, y algunos de la Romaña. En los flamencos y franceses conocía yo notable diferencia en el trato; pero eran pocos, y escondíanse dellos para perseguirme.

Un domingo por la mañana, cuando yo iba vacilando para salirme de Roma, estaba mi amo bien ocupado con despachos que habían llegado de Francia y quería ir á besar las manos al pontífice, segun la prevencion que ví hacer en casa. Salíme paseando por Campidollo lleno de mil pensamientos, y topéme con dos casi de mi hábito, españoles: el uno de Ciudad-Rodrigo, y el otro de Badajoz.

Luego nos sacamos por el aspecto: habláronme en nuestra lengua española, holguéme como si viera dos ángeles, y la igualdad engendró amistad. Contámonos en breve suma nuestros sucesos. Entendí dellos que de sus tierras habían salido por inquietos, y que últimamente habían estado en Flandes en una compañía y se habían huido de conserva con harto peligro de sus vidas. También deseaban salir de Roma y buscar su vida. Fácilmente nos concertamos, porque yo no sabía sus costumbres; y aunque luego las supe, ya les había cobrado voluntad, y no lo quise dejar, aunque fuera mucho mejor; pero siempre me aconsejaba yo con el gusto y no con el provecho, y valía mas conmigo cualquier deleite y pasatiempo que la buena direccion de mi vida, la cual traía bien estragada. Como teníamos pocas alhajas que recoger y habíamos de salir á pié, luego fuimos resueltos. Dijeles que pasasen por mi posada, y tomaría mi hatillo, un par de camisas y unas medias de punto y dos cuellos. Añadieron que mirase si podía sacar otra cosa de casa tan rica, pues aquello no se podía llamar hurto; pues (segun decían) se puede un criado pagar de su soldada cuando no se determina de pasar cuentas con su amo; y como quiera, sería hurto doméstico menos punible, y que en caso de necesidad todo era comun. Hicelo así, que no debiera, porque hube de caminar siempre con sobresalto, y no me fué de provecho; porque luego me quitaron aquellos bellacos la presa, que sin duda eran mas taimados y curtidos que yo.

Entréme en el aposento del mayordomo, que era el que yo mas frecuentaba, y como no me tenían por de malas manos, se fiaban de mí. Halléle que se acababa de adrezar para acompañar á mi amo. Díjele que había visto en la platería unas joyas que habían faltado á mi amo quince dias había. Y aunque él mostraba no creerlo, quizá porque sabía adonde estaban, al fin se lo porfié, y salió á verlas; dile las señas de la casa, y aunque él quería que fuese con él, me escapé con un donaire diciendo que me caía de hambre, y que no daría paso sin comer. Solía darme algunos regalos. Sacó luego un plato de cosas de pescado de la noche pasada, porque cuando cenamos ya era domingo, y comió carne; y quedéme comiendo, diciendo que tuviese cuenta con sus aposentos: díjele que nadie de fuera le tocaría nada; mas yo como de dentro pesqué cuanto pude de su vestido, calzas, jubon y herruelo, y envolvílo en una sábana, porque pareciese ropa sucia, y di conmigo en los que me esperaban, que quedaron atónitos de la brevedad, y bien contentos de la buena presa.

Salimos la vuelta de Nápoles, y repartimos la ropa en tres fardeles para que fuésemos mas lijeros, aunque toda iba por mi cuenta. Mas de tres leguas fuimos, por fuera el camino atravesando, á unos lugares que yo ya sabía, porque había ido algunas veces, y sabía también que me encaminaba bien para Nápoles. Llegamos á ellos tarde, por no haber llevado senda sabida; tomamos pan y vino en unas calabacitas que traían mis compañeros, y salimos á dormir al campo por consejo dellos, que se encaminaban á dejarme sin pluma, aunque daban á entender que era por mayor seguridad si acaso nos seguan de Roma,

porque el hurto luego se habría echado menos y sabido el ladrón, pues yo faltaba de casa y había quedado en mi custodia. Alejámonos buen rato de poblado entre unos árboles, y allí comimos, y les pregunté que me contasen su vida mas por estenso, con presupuesto que al otro dia yo les contaría la mia, cosa comun entre vagabundos. Y aunque no tengo seguridad que la vida que me refirió el uno dellos fuese verdadera, pero no carece de verosimilitud, y puede decirse: *se non è vero, è ben trovato*; al menos jamás he sabido cosa en contrario, y debírame guardar de sus mañas; mas pensé que no comprendían á los compañeros. Pues el uno dellos que se llamaba (segun él dijo) Francisco de Leon, comenzó desta manera:

«Yo soy de Badajoz; mi padre era médico, y habiendo tenido algunos buenos partidos en su arte en la comarca de Badajoz, fué llamado á su propia tierra, porque era tenido en buena opinion y había ganado fama. Señaláronle no sé qué maravedís, y apenas empezó á gozar de su patria, cuando la parca le cortó el hilo, dejándome á mí, que era hijo tercero, en el vientre de mi madre. Criónos como viuda: teniamosle perdido el respeto, y el hermano mayor, que me llevaba cinco años de edad, lo barajaba todo, disipando la poca hacienda que había. Nuestros parientes no se acordaban de nosotros, pareciéndonos que no teníamos hacienda competente: que no hay cosa que mas acarree parentescos, ó los deshaga, que la hacienda ó pobreza. Siguiendo mi libertad y apetito, vine á perder el buen nombre de mi familia: dos ó tres veces me pusieron en la cárcel por sospecha de hurtos que no había cometido; pero la vida y compañías que yo traía daban harta ocasion de sospecharlo. Solo en esto anduve cuerdo, que viéndome abandonado en mi tierra, procuré de dejalla. Apañé lo que pude de mi casa, y un dia de Ramos me partí, no perseguido de la justicia sino de mi mala fortuna, que por haberme hecho hijo sin padre, me veía padre de tan malos hijos, como eran mis viles pensamientos y deseos de vida libre; y á la verdad en la hacienda de mi madre me empecé á despuntar para atreverme á las ajenas, y así me iba con mucha confianza de valerme de mis manos, como si esto fuera un rico patrimonio, y con esta confianza gastaba largo. Despaché lo que había tomado de mi casa antes de llegar á Barcelona, adonde hallé unas compañías de soldados que se embarcaban para Milán, segun decían. Dí el nombre, y fué el viaje para Flandes; no pude dejar de proseguir lo empezado, aunque no había tenido intento de ir á Flandes, porque corría gran riesgo de venir á manos de un barrachel de campaña.

»Pues, llegados á Flandes, ví á la necesidad la cara que tantas veces nos pintan, y aun me pareció mas fea de lo que se puede encarecer. ¡Cuántas veces eran las dos de la tarde, y aun no teníamos mis camaradas ni yo noticia de dónde habíamos de comer! Esto y mi libertad antigua me obligaron á usar de mis mañas, aunque á la verdad en Flandes no hay de qué echar mano como en España, porque la tierra de suyo es corta en lo que toca á ropas, joyas ó dinero, y solamente hay alguna abundancia de frutos; y sin embargo desto, la diligencia de los flamencos en guardar su hacienda es grande, y como son hombres de ingenio, y en razon de los grandes frios del país están los inviernos recogidos en casa, ó son pintores ó cerrajeros: tenían hermosas cerraduras, de grande artificio, que aun personas del mismo arte no las pueden abrir; y de aquí es lo que se dice de Flandes, que tiene dos grandes contrariedades á la costumbre de España, porque ellos de su natural no son ladrones, ni hay hombre que hurte un maravedí, y se puede ir con el dinero en la mano, y con todo gustan de tener maravillosas cerraduras y llaves de grande capricho; y en España hay gran copia de ladrones y holgazanes, y no hay cerradura de provecho, ni se curan desto; y en Flandes

lo mas comun es tener las escaleras de palo, angostas y largas, que es menester ir con seso para subillas; y los flamencos por maravilla lo están, por ser tan aficionados al vino. En España al revés, las escaleras son de maravillosa fábrica, llanas y bien trazadas, y no hay hombre que se toque del vino, á lo menos es cosa muy vituperada tener esta aficion. No fué para mí de poco cuidado ver que voluntariamente me había puesto adonde era casi imposible usar de mis trazas, y que me había cortado yo el palo para mi castigo, á la manera del pródigo, que haciendo lo que le dicta su albedrío, viene á imposibilitarse para serlo, porque la regla y orden se le viene á poner por fuerza en su casa. Pero al fin, la mala costumbre hace tanta fuerza, que no mira en la cantidad ni potencia: hice mis envites, empecé con algunos hurtillos á los soldados de mi compañía, aunque era casi tanta habilidad como criallo de nuevo el sacar de donde no había. Y fácilmente me aplicaba á ir á pecorear: corrimos algunos caales del país, y muchas veces tratábamos igualmente al amigo y enemigo, que bien poco me acordaba del dicho de san Joan Baptista, que el ser soldado no es pecado, si no se toma lo ajeno, y se contenta con su sueldo. Al fin empezóse á murmurar en mi compañía que yo no jugaba limpio; empezábase á guardar de mí. Y es tal la gente española que sirve á su Majestad en Flandes, que en honra de la nacion puedo decir que es muy verdadero: que son leones con el enemigo, y entre sí corderos; con los unos harpias, y con los otros religiosos, y tienen por cosa muy fea el vicio de hurtar; de manera, que echándose de ver en uno, es imposible que se conserve, porque les escupe la tierra, como la mar al cuerpo muerto. No estaba yo tan desvergonzado, que no sintiese la mala opinion que de mí se tenía, y mas recelé, que cara á cara me echarían con afrenta; pues el capitán me había dado algunas reprehensiones, y me lo había amenazado. Determiné de venirme adonde siempre tuve el pensamiento, que es Italia; hallé esta ocasion de nuestro compañero, que se llama Diego de Vera; estaba de mi parecer, y así, con no pequeño peligro, fabricando una cédula de pasaporte, nos venimos, y no había ocho dias que estábamos en Roma, cuando topamos contigo.

Esto es lo que refirió el uno de aquellos mis falsos compañeros. Cuando la noche era muy adelante y cerrada, y casi estábamos vencidos de sueño, todos dimos velas al viento; mas yo de diferente manera, que dormía sobre seguro, pensando que todo era llano, y ellos querían zarpar los ferros y dejarme á la luna: eran dos al molino, y fué buena suerte mia que no me hiciesen mayor daño. Pasé mi noche como en la cama mas regalada del mundo en brazos del cansancio y miedo, y recordé despavorido con un mal sueño de que me maltrataban, y halléme sobre la yerba sin ropa ni fardel, y sin camisas ni cuellos; y solo porque tuviese alta la cabeza, me habían puesto una ropilla vieja del uno dellos doblada.

CAPITULO II.

De lo que le sucedió á Guzmán de Alfarache en el viaje de Nápoles.

Mas ligero me hallé de lo que yo quisiera, y casi diera con el desengaño de las cosas desta vida, si no me llevaran mis pocos años tan embelesado y fuera de mí. Parecíame sueño, y pesábame porque era tan veras; pudiera decir: desnudo nací, desnudo me hallo; mas no tenía yo la virtud del grande Job, y dolíame mucho de perder lo que no me costó nada de ganar. Parecíame como la yedra del profeta Jonás, que en una noche nació, creció y en otra pereció. Tomé mi camino, haciendo muchas consideraciones para consolarme, como los que han perdido á juego, ó á los que han dado al través en la mar; que en todas partes hay peligros, y en los falsos hermanos, como fueron mis compañeros, aunque ellos

hurtaron al ladrón. Volvíme á sentar en el suelo considerando mi desdicha; y pasando con los ojos del alma por mi vida pasada, hasta aquel punto todo lo veía lleno de miserias y trabajos, y en figura se me representaban los por venir. Mil veces revolvia la ropilla vieja que me habían dejado, y echábame mil maldiciones, porque no me vestí la ropa que había hurtado á mi mayordomo. Pero consideraba que por ventura por quitármela me hubieran quitado lo que mas debía preciar, que era la vida. « ¡ Miserable animal, dije, es el hombre, y sobre su grande miseria fabrica torres de viento! En su principio es vil materia, hedionda, tan sucia y asquerosa, que fácilmente no se puede tratar della sin horror. Pues nacido, todas las miserias le acompañan, todo es lágrimas, lloros y gemidos, y en medio del piélago del mundo le combaten todas las olas de infinitos peligros. Es vaso tan quebradizo, que un enojo, un vaso de agua fría, un vaho de un enfermo hasta para despojalle de la vida. Y esta es tan incierta, breve, frágil y mudable, que no es tan afeitado el mismo engaño, ni tan engañosa la misma ficción; porque siendo fea, nos parece hermosa; siendo amarga, nos parece dulce; siendo brevísima, á cada uno le parece larga. Cada día vemos la fuerza desta verdad; cada día nos morimos y nos mudamos, y siempre pensamos que somos eternos. Pues ¿qué diré de las miserias que en este valle de lágrimas acompañan la vida? ¿Quién contará las del cuerpo? Hambre, sed, desnudez, cansancio, enfermedades, peligros; y las del alma; las congojas; los temores, las pasiones, los desconsuelos, las tristezas, los descontentos; y tras esto es grande maravilla el afición que le tenemos á esta vida de tan grandes defectos.»

Todos estos pensamientos me acarrea mi melancolía, y eran aldabadas de la mano de Dios para que volviese en mi acuerdo. Mas yo estaba tan lejos de la razón y cerca de la inclinación natural, á la cual seguía como norte de mi navegación, que me cerraba á tan buenas inspiraciones. Estaba casi desesperado; pero acordéme que aun me quedaban en una bolsilla unos cuantos reales, que había recogido en casa del embajador, de lo que me habían dado algunos caballeros de los que venían á conversación con mi amo. Tuve ventura que topé grande tropel de gente en el camino real, que iban la vuelta de Nápoles: pregunté, y dijéronme que era el percachó, que es el ordinario, con el cual se suelen juntar muchos por caminar con seguridad. Empecé á dar vado á mis pensamientos con la compañía, renováronseme la sangre y espíritu. Puse los ojos en un elérigo venerable que allí iba bien acompañado de criados. Habíame hallado bien con gente deste hábito, y tenía alguna afición; porque á la verdad muchas veces acometía de proseguir mis estudios para elegir este camino, si no tuviera tan apegada mi perversa inclinación, que no dejaba prevalecer la razón.

Empecé á caminar cerca del clérigo, porque me pudiese en plática, que yo no hallaba materia que engravar en aquella ocurrencia. Hacíame solícito en tenelle el estribo, si quería apearse, y dábale algunas flores de las que hallaba cerca del camino. El entendió la mía, y preguntóme que á dó caminaba. Díjele que á Nápoles. Quiso saber de dónde era y el discurso de mi vida, haciéndome mil preguntas; pero yo le respondí por el estilo que me pareció mas provechoso para acreditarme; que no siempre se ha de manifestar la verdad, si ha de acarrear mas daño que provecho; y cada uno es obligado á conservar su fama, y no ser mas liberal della que de los otros bienes de fortuna. Quedéme algo atrás por saber quién era para ver cómo había de enhebrar el aguja. Y supe que era recién proveído en Roma en una prebenda ó dignidad en la iglesia de Nápoles, que le valía más que tres mil ducados, y que él tenía grande patrimonio y era deudo muy cercano del duque de Ferrara. Volvíme á llegar cerca dél, con intento de procurar asiento en su casa, y

ir acomodado por el camino, lo que yo sabía bien entablar, como aquel que estaba bien acuchillado de vivir por mi industria. Bueno es que en los picaros piense alguno que no hay industria ni providencia. Lo que es conservar el estado, buscar la vida, beneficiar el individuo, apearse como moscón, nadie con la destreza que él que ha profesado vida bribonesca; porque no mira en puntillos, no le impide la vergüenza, de la cual está desnudo como junco de hoja, y por esta causa todo lo ajeno reputa por propio; porque dicen, que quien no tiene vergüenza es señor de todo, y para con él no tenía para qué escribir Plutarco de la vergüenza dañosa. Su fin es vivir á menos trabajo, no cuidar de honras ni vanidades, andar en alegre ocio y sin superior: que el picaro y mendicante se precian de aquello que dice Horacio:

Nos numerus sumus, et fruges consumere nati.

No somos para mas los baldíos, de para aumentar el número de los hombres y comer el pan de balde: no conoce cura de su parroquia, obispo de su diócesis, gobernador de la provincia, ni rey en la tierra. Goza de lo bueno y lo mejor; es el primero en las novedades, en los espectáculos de fiestas; nadie le llora en casa, ni hay cuidado de hijos ni familia; consigo mismo lo lleva todo: él comido, la casa está llena.

Pues por no alargarme en esto, volviendo á mi clérigo, ya le hallé metido en grande conversación con un caballero que llevaba el mismo camino. Y aunque mis tripas no pedían conversación ni cuentos, pero hube de oír el que iba refiriendo el caballero, como cosa nueva sucedida en Florencia. Dijo pues, que en Florencia, por parte de César Pignatello, se había enviado un cartel de desafío á Fabricio Pignatello, porque en el mes de agosto, pasando por casa de dicho Fabricio, un criado, con orden de su amo, le había acometido y ofendido, sin haber rompimiento alguno, ni enemistad, y que se había escapado sin llevar el merecido castigo. Y que así por darle al que fué causa de la ofensa, se desafiaba para uno de cuatro campos, cual quisiese elegir Fabricio, donde con las armas, á uso de caballería, le probaría que había hecho ruinmente y como mal caballero: ofreciéndose á probar que Fabricio había sido el autor; y tomando á su cargo la prueba, y también le mantendría que lo había hecho hacer, y que había sido malamente hecho, y que le esperaría en Florencia por treinta días; y no respondiendo, procedería conforme á la costumbre del duelo.

Los campos fueron cuatro: el primero concedieron los diez conservadores de la libertad y estado de la república de Sena. El segundo, Carlos Gonzaga, marqués de San Martín. El tercero, Hipólito de Corregio, conde de Corregio. Y el cuarto el marqués del Monte de Santa María. Y aunque es verdad que en materia de desafíos siempre se ha acostumbrado haber pocas respuestas, porque luego tácitamente se acepta y se salen al campo, pero el Fabricio Pignatello no le pareció aceptable, antes respondió en esta forma: « que hallándose en Malta en defensa de su religión, fué avisado que en Nápoles se había fijado el cartel de desafío, provocándole á las armas en razón de la injuria, que pretendía el César haber recibido de su criado, y sin nombrar qué criado, y sin declarar el modo ó calidad de la ofensa; y que, así por esta forma de hablar tan general no podía deliberar lo que le convenia; y que era cosa clara que un caballero no debía entrar en batalla sin fundamento de querrela cierta; y que especificándose la ofensa, haría lo que le convenia.» Al cual satisfizo César diciendo, « que ya estaba bien declarado en el primer cartel, haciéndose cargado y injuriado, y que procedía del Fabricio; y que por esto se ofrecía, á uso de caballería, de mostrarle con las armas en la mano, que lo había hecho muy ruinmente, y que su respuesta era escogiendo la infamia y vileza, la cual un

caballero ha de huir, y querer padecer antes mil muertes; y así le esperaría en Florencia por tiempo de cincuenta días, para que hiciese lo que debía, correspondiendo á las muchas bravatas que había esparcido.» Y tampoco este segundo cartel quiso aceptarlo Fabricio; antes desde Benivento de Malta respondió por segunda respuesta, con otro cartel, diciendo: « que el postrero de diciembre recibió el cartel, en el cual se fatigaba en querer declarar lo que había dicho ya en el primero, dejando lo principal que es la cualidad del agravio y nombre del ofensor, y así no podía estar cierto de lo que era, y que se declarase, dejando réplicas infructuosas; ó que se eligiesen dos caballeros para que determinasen este solo punto, que él estaría á la declaración, y que esperaba en Benivento la respuesta.»

El César, cansado ya de llevar esta materia casi por vía de pleito y por escritos, escribió con resolución el postrero cartel, en el cual en suma decía estas palabras: « señor don Fabricio Pignatello: no ha sido mi intención haceros salir al campo por fuerza, ni llevar el negocio á pleito con argumentos sofisticos, que no es de la profesión de caballeros; sino que he querido descargarme de la ofensa que me atribuyo que me habeis hecho. Y para esto no ha sido necesario especificar la cualidad della, ni del criado, por quien infamemente la ejecutastes, pues me tengo agraviado de vos, como autor, y os probaré que lo habeis hecho como infame y ruin, y habeis buscado muchas ocasiones por no llegar al hecho de las armas: mas, porque no le podais escusar, os declaro, que elijo el campo de los diez conservadores de la libertad, en el cual estaré á punto para de aquí á sesenta y nueve días, después de la afijación deste cartel, para hacer juzgar si la querrela de mi cartel era justa y combatible, y el día setenta mantendré lo que he ofrecido en el cartel, y me hallareis allí con mis armas, las que vos eligierdes; porque no eligiéndolas, yo vendré con espada y capa que son las mas ordinarias. Y si no parecis procederé contra vuestro honor segun la costumbre militar.» Con el cual cartel también envié otro de los diez conservadores de la libertad, y del estado y república de Sena, con el cual le señalaban el campo y el tiempo; y que en rebeldía se declararía sobre la querrela, si era bien formada ó no, como también si por ambas partes se había cumplido á lo que se debía, procediendo conforme al estilo militar.

Pero como el Fabricio no quería admitir batalla singular, ni venir á las manos, hizo tercera respuesta, que en suma contenía lo siguiente: « señor César: no parece que puedo encaminaros por el camino de la razón, y así he acordado de publicar por toda Italia lo que ha pasado entre los dos hasta este punto; porque ya que no queráis atender al remordimiento de vuestra conciencia, al menos temais la censura general que se ha de hacer por personas graves y discretas. La oscuridad del primer cartel, que ni declara ofensa ni quien la hizo, no me dió lugar de deliberar. Notifiquéos esto, y estuvisteis obstinado en no declararos, alargando el procedimiento para estaros en el agravio que decís; y así os propuse el juicio de caballeros, al cual dijisteis que no había sido vuestra intención obligarme á pelear por fuerza, y se ha echado bien de ver, porque si tuviéades gana de pelear, no hubiéades rehusado el juicio que os propuse. Y dejado esto aparte, en cuanto al cartel de los conservadores, que me señalan campo y término á sola vuestra instancia, sin haber yo consentido el juicio, ni aceptado el campo, por lo cual no han tenido en mi poder ni jurisdicción; con el respeto debido les recusó. Y porque decís delante dichos señores, que no respondí en el término que me distes, digo, que lo contrario parece por los carteles: y así, haciendo poco caso de vuestro proceder, y dando por nulós los autos hechos y que se hicieren por dichos señores, os resuelvo, que hasta que hagais la declaración que os he pedido, no tendreis de

mi otra respuesta, ni haré caudal de lo que vos intentáredes de escribir contra mí. Y esos señores conservadores, que saben mi ser y honor, lo tendrán por muy suficiente respuesta.»

Grandes pareceres hubo sobre este caso, por ser el mas singular que en largos años ha sucedido en Italia, y entre personas tan calificadas. Y á la verdad, entiendo que el caso mismo dice quién es el que procedió mal; y así todos fueron de voto contrario al Fabricio Pignatello. Dijéronse los pareceres muy motivados, y en forma, por hombres gravísimos y de mucha importancia: por el marqués de Gonzaga; Valerio Ursino; Micer Claudio Tolomei; Marco Joan Agnolo; Pisanello napolitano, jureconsulto; Hierónimo Fornello, también grande letrado; Lelio Tarello, también grande jureconsulto y del consejo del duque de Florencia; Juan Baptista Sabello, capitán general del dicho duque de Florencia, y Pirro Colonna.

El César Pignatello compareció en el campo conforme á su tercero cartel, y hizo recibir autos de todo. Y aunque compareció por el Fabricio un Vicente Mascambruno, su procurador, para alegar recusación, como la alegó de los conservadores de la libertad y estado de Sena; pero el comisario dellos, llamado Alejandro Guillelmi, en forma dió su sentencia, declarando: que el César había propuesto querrela buena y combatible, y que el día siguiente era el determinado para averigualla y combatilla con las armas en la mano, en el lugar y puesto señalado por dichos conservadores, y tener obligacion el Fabricio de presentarse al otro día en el puesto; y habiendo sido rebelde, fué pronunciado y declarado en rebeldía, que el campo había quedado por el César, y que el Fabricio era habido por confesante y convencido de todo lo que se contenía en la querrela y desafío, y que el César había hecho lo que debía un buen caballero. De lo cual el señor del campo le mandó dar sus letras auténticas, y el duque de Florencia dió su patente en favor del mismo César. En favor del cual también salió el parecer y voto de don Guidubaldo Feltrio, duque de Urbino.

Mucho maravilló este caso al buen clérigo; y bien mostraba ser persona muy inteligente en materias, y que no ignoraba esta del duelo, aunque tan lejos parecía de su profesión; porque con razones muy graves y asentadas quiso también probar el parecer que se había dado contra el Fabricio, haciendo un largo discurso de la diferencia que hay entre el juicio civil y el militar, contra la regla de los jureconsultos: que vale el argumento de lo uno á lo otro, y que lo dispuesto en uno se puede alegar y acomodar á lo otro por la semejanza de razón. Y porque no me acordaré todas las razones que dió, diré solamente las que pude conservar en la memoria. Dijo pues, que del fin de los dos juicios se vía claramente la diferencia; porque el de las leyes se endereza á lo útil, y el de las armas á lo honroso, y es cosa vulgar que honra y provecho no cabe en un saco. Mas el juicio legal está ordenado y establecido por legistas y personas de letras; el de las armas por caballeros y capitanes, los cuales presume el derecho que no tienen noticia de las leyes; y es claro que destas contrarias inteligencias no puede nacer un mismo efecto y conforme resolución. Otrosí: el juicio de las leyes está determinado por derecho escrito, y el de las armas por costumbre y estilo de caballería; y es muy ordinario que la consuetud contradice el derecho escrito, añadiéndole, trayéndole, torciéndole, mudándole ó quitándole; y esto está confirmado por los mismos legistas que afirman que el juicio militar no se puede sostener por ley divina, canónica, ni civil, sino solo por la costumbre prescripta. Añádesse que el juicio civil tiene principio de los romanos y griegos, y el orden del militar de los longobardos, nación tan diferente en provincia, hábito, costumbres, estilo, leyes, pensamientos, lengua y obras, que no se puede creer que cuadrasen y conformasen en

los juicios. Mas el orden del juicio civil se endereza á una justicia recta: el del militar solo considera el valor y las armas, y así no pueden conformarse. Otrora, el juicio de leyes tiene por declaracion la justicia que hacen los hombres, por lo que resulta de proceso y sus méritos; mas el de las armas, la que en cierta manera parece que resulta del juicio de Dios nuestro señor, segun se tiene por opinion de caballeros, y lo afirman algunos escritores; y estas entre sí son cosas muy contrarias; luego también lo serán los juicios. Mas adelante el orden civil regularmente es de cosa que es manifiesta, ó por autos ó testigos; mas el militar y del duelo, mas de ordinario es de cosas ocultas, y así no pueden resolverse ni decidirse por un camino. Y finalmente, las leyes civiles prohiben y reprueban el duelo. Luego claro es que no darán orden ni forma segun el juicio militar, porque sería aproballe; que son dos cosas tan contrarias, mayormente habiendo la clara reprobacion que hay en el concilio tridentino.

Muchas otras cosas dijo el clérigo, las cuales no refiero, porque yo las escuchaba de mala gana, porque la de comer la tenía en su punto, y iba muy cansado del camino. Echólo de ver mi nuevo amo, y empezándoseme á aficionarse por lo que habia visto que mostré de atencion á la conversacion que llevaban, mandó que me trujesen á caballo en una acémila que llevaba poca carga, que no fué para mi poco consuelo. Pensé haber quebrado el ojo al diablo, ó que habia entrado con buen pié en el camino; aunque si juzgara del primer suceso, no podia hacer buen argumento de próspero viaje. Pero en fin, como español poco dado á agüeros, el principio de comodidad tuve por suma felicidad, por lo que dicen, que quien de mucho mal es vezado, de poco bien tiene harto. Descubrimos la venta, y no me pesó de que habia de ser corta mi caballería; antes para mis ojos no se me pudiera presentar mejor objeto: parece que me renové todo, y no tuve por hambre la que, á mi parecer, esperaba hartura.

CAPITULO III.

De lo que hizo Guzmán de Alfarache en la venta, y cómo quedó recibido por criado del clérigo.

En entrando por la venta, híceme muy solícito de saltar de la acémila en que iba, y acudir al estribo de mi clérigo, el cual parecia aficionado á la nacion española. Dijome: «Guzmán, descansa, y haz que te den de comer, que vendrás fatigado del camino. Sonaban estas voces en mis orejas con mas suavidad que las de la arpa de Orfeo; parece que se suspendian mis tripas á los acordados acentos: jamás oí voz en tono como esta parecer mejor que canto de órgano. Eché claramente de ver, que el ruido del caldero es la mejor música para el cuerpo, y la de materia de bucólica para las tripas; que aunque cada uno se huelga con su semejante, y así las tripas se habian de holgar con las que están estiradas en la vihuela. Pero esto solo ha lugar, cuando están llenas las que han de escuchar la música; que á vientre lleno no hay música ruin, ni conversacion que no entretenga. Mas luego di de alegre en melancólico, y se me agüó el placer que tenia, porque á cuatro pasos que di por la venta, me halló tendidos en el suelo dos bribones que habian sido compañeros míos en Roma y su comarca, en la vida esguizara y picaresca, yendo á mendigar de conformidad; y apenas me descubren, cuando de puro contento se levantaron á abrazarme, diciendo: «ó buen Guzmán, bien venido; sin duda vienes en nuestra busca; no te faltará lonja y añojo; echemos una y otra por la bien venida;» y diciendo y haciendo, cuál me abrazaba, cuál me levantaba en peso, y mi clérigo mirando lo que pasaba. Yo atónito del suceso, que no lo quisiera por cosa del mundo, porque entendi que me desacreditaba con mi amo, porque estaban ambos de la manera que suelen ponerse los del oficio, hechos

mil andrajos como cosa del molino de papel, las cabezas con sus paños sucios y sangrientos, las capas con tantos y tales remiendos que no se puede averiguar su primera materia, piernas con sus llagas hechizas de bofes ensabados y ensangrentados. Y como yo estaba tan perplejo, que no sabia qué decirme, y mi amo estaba ocioso, mientras se aderezaba la comida, quiso por curiosidad hacer exámen de nuestra amistad, y saber de dónde era tan intrínseco conocimiento.

Preguntóle á uno dellos que de dónde me conocía, y que le contase en qué bodegones habiamos comido, y qué jornada habiamos caminado. Yo, porque fui cogido de manos á boca, y no podia sobornar al testigo, empecé antes que él respondiese á darle luz y instruíle, diciendo: «señor: estos mancebos pobres acudian en Roma á casa del cardenal mi amo, adonde les daban su limosna, y de allí me conocen.» Mas mi clérigo, que no era un pelo bestia, entendió el soborno, y que yo queria impedir la averiguacion. Volvióle á interrogar, y confesáronle que yo habia sido de la vida mendicativa, y compañero en sus libertades de bribonismo. Empezó á dudar de mi fidelidad, y todo esto parece que se lo leía yo en la frente, que por gracia de Dios no era bobo del todo. Pero procuré de entablar razones que me sirviesen de descargo, dando culpa á mi adversa fortuna, que me habia traído á tiempos que hubo de buscar mi vida por las puertas, cosa que es tan á repelo á los españoles, y señaladamente bien nacidos. Encarecí, sin hacer muy del hacendado, mis parientes y buen origen, y que el haber salido tras unos soldados me obligó á valerme en Italia del remedio mas honesto y menos prejudicial al prójimo, que es pedir por Dios lo que habia menester para mi sustento, mayormente que por estar enfermo no podia servir; y que en pudiendo asenté con el cardenal; y que por ser esta materia para mí de tanta vergüenza, no habia osado decílla mas claramente. Mostréme turbado y vergonzoso, aunque apenas lo sabia fingir; y sin duda mi nuevo amo se sosegó y me cobró mas voluntad, porque luego vi que me hizo una exhortacion diciendo, que no tuviese vergüenza de haber perdido por Dios; que muchas personas de linaje habian pasado por esto, y no era vileza; que el afrenta solo consistia en ofender á Dios, y todo lo demás de la honra era vanidad. Mas apretóme de nuevo con una pregunta, que me puso en grande confusion, diciendo: ¿qué era la causa que sirviendo á un cardenal, habia salido tan desmedrado? Pero proveyó nuestro Señor de buena disculpa, que le revolví contra él el argumento, diciendo: «señor, en eso se echa de ver que he sido fiel, pues salgo tan pobre; y como soy español y me querian mal los otros criados, con chismes y siniestras relaciones me ponian con mi amo, lo que me obligó á dejar la casa, por no dar en mayor inconveniente; y andando algunos días por Roma desacomodado, hube de vender parte de la ropa de vestir, y vine á quedar en esta forma, la cual precio mas sin perjuicio de nadie, que el salir muy rico, si alguno se pudiera quejar de mí con razon.»

Las mesas se pusieron, y el huésped y huéspeda, viendo la buena presa, andaban lijeros. Sacaron la comida, quise ponerme á servir, pero mi amo me dijo: «Guzmán, yo quiero que estés en mi servicio, porque me pareces hombre de vergüenza y confianza, y porque vienes cansado, vete á comer.» Dióme un buen plato de carnero y tocino; mostréme muy alegre y agradecido, ofreciendo servidumbre hasta la muerte con todas mis fuerzas. Y apenas me vi entregado en la presa de halcon, cuando empecé á majear con entrambas quijadas; no vian los bocados el camino, y medio mascados bajaban á puto el postrero por el embudo del estómago: en abrir y cerrar de ojo hube despachado el impedimento del plato, y me quedaba apetito para otros cuatro. Presentéme ante mi amo, que con callar me entendió, y dijo: «¿ya has acabado? Buena hambre trajas.»

Dijele: «señor, esto tenemos los coléricos, que todas las acciones hacemos de prisas, y mi estómago es tan hombre de bien en la digestion, que no se le da nada de lo que se hace entre los dientes, y así le envío la provision medio mascada y en su primera figura, que pudiera á tercero día volvelle como la ballena á Jonás.» Riéronlo mucho mi amo y el caballero que comia con él, y empezaron á tratar de la mala gana con que comian, y que yo les podia mover el apetito para comer. Hiciéronme acercar mi mesa, y pusieronme en ella un par de platos, en los cuales empecé á ejecutar mi oficio como en el primero. Y como eran hombres de buen gusto y leídos, viéndome comer, me comparaban á los que habian sido buenos comedores; ni dejaron á Clodio Albino, del cual se dice que se comia quinientos bigos, cien priscos de Campania, diez melones, veinte libras de uvas y cuarenta hostias de mar, todo en una cena; ni Astidamas milesio, del cual dijeron que siendo convidado por el persa Ariobárzano, se comió todo lo que estaba aparejado para todos los convidados. Allegaron á Cambles, rey de Lidia, que llegó á tal extremo de glotonería, que una noche se cenó á su mujer; Teágenes el luchador, que se comia un toro. Y en suma, hicieron mencion de Vedio Pollio, Caligula, Hércules, Ulises, Aglais, hija de Megaclis, Pitiréo, Cleónimo, Pisander, Charipo, Mitridates, rey de Ponto, y otros infinitos que celebró la antigüedad por grandes comedores, y por contra pusieron al buen Erisicton, que llegó hasta á roerse sus propios miembros, y á Fayo, que en la mesa de Aureliano, emperador, se comió todo un puerco silvestre, cien panes, un carnero y un porquillo.

Yo mas atendía á satisfacer á mi hambre, que no á escuchar ejemplos de comedores. Sacaron por postres de unas confituras que mi clérigo traía consigo, y los criados del caballero pusieron en la mesa unas manzanas, dátiles, orejones y otras cosas. Diéronme en un plato, diciendo, que tenían que agradecerme el haberles esforzado el apetito; porque viéndome comer con tanto gusto, les habia limado la gana. Los otros criados empezaron á enfadarse de que de recién llegado y hallado en un camino, no con vestidura de boda, hubiese tenido lugar en el convite, sin que me echasen en las tinieblas, y que el clérigo me regalase y gustase de mí. Vi que era lance forzoso el pasar por picas y recibir en cuentros. Pero yo me sabia agasajar mis émulos, humillarme y acariciarlos, porque en esto es menester mucha prudencia. Conservaba algo del postrer plato para darles. Hacíame del simple, y trababa amistad y decia mis burullas. Y en esto ya fué hecha la cuenta, y pagado el ventero, y las mulas ensilladas y á punto. Empezamos el camino, volví á encaminarme á pié cabe mi amo, el cual, recién comido, empezó de chacota. «Pues, Guzmán, cuántanos algunas cosas de entretenimiento para pasar el trabajo y enfado del camino; que pues eres español y has visto mundo, no dejarás de saber muchas cosas.» Empecé á escusarme; mas porfióme, y no osé descontentalle (no lo impedia ignorancia ni vergüenza). Dijele, que me preguntase de la materia que mas gusto le habia de dar; y ambos, el clérigo y caballero, cuadraron en que dijese de cosas de España, que les seria de gusto. Empecé poniéndoles delante, que dellas no tenia mucha noticia, porque habia salido de poca edad; pero que diria lo que sabia sin afeite ni rebozo.

«Es, dije, España (si valgo para cosmógrafo de cosa tan insigne) la yema del mundo, la cabeza de las armas, el compendio de las letras, la fuerza de los ingenios, la monarquía mas poderosa, el poder mas estendido, el valor mas arraigado, señora de las naciones, sujetadora de imperios, vencedora de cuantos se oponen á su grandeza, columna de la Iglesia, defension y propugnáculo de la religion; y en suma, por concluir en breves razones, la que no tiene superior y todas son sus inferiores. Es su rey

el mayor monarca, á cuyos hombros apoya la cristiandad, en cuya corona comprehende los dos mundos, cuyas armas ven los dos polos, cuyas águilas, tuson y vellocino, ni tienen segundos, ni conocieron primeros. Es el valor invencible, en poder insuperable, en grandeza primero; y en suma, honra grande del mundo que sea su cabeza, y que con mas fidelidad que Alejandro Magno, no solo sea señor de un mundo, mas del viejo y nuevo. Es en riqueza el mayor, el mas gran señor que hay ni ha habido debajo del cielo, y mama las tetas de oro de las dos Indias orientales y occidentales. ¿Adónde hay nacion ni lugar que no reverencie el nombre de España, no se espante de sus hechos, no alabe su monarquía, no envidie sus triunfos, y no engrandezca sus hazañas, no tema los filos de sus armas, se atreva á levantallas en competencia? Si miramos los famosos héroes desde sus invencibles godos; cuántas veces espantaron á Roma, cuando estaba en su felicidad y monarquía, dejando rendidas todas las demás naciones! Miramos después el cántabro Pelayo, que con tan poca gente recobra España, y los valerosos Martes que le siguen son harto mas dignos de inmortal memoria que los antiguos griegos ni romanos. El rey Wamba, electo por voluntad divina, á quien España debe los principios de su policía y aumento de la religion cristiana; el conde Fernán Gonzalez, primero señor de Castilla, de cuya línea descienden los reyes españoles. Pues ¿qué diré del gran Bernardo del Carpio, cuyos diez y nueve castillos en campo rojo, que resplandecian en su escudo, espantaron los doce pares de Francia, inmortalizando la batalla de Roncesvalles, leones en provincia, y coronado leon en los hechos; del famosísimo Rodrigo de Vivar, que fué llamado Cid Campeador, á cuyos piés se han visto tantas cabezas de reyes moros de Africa y de España; del invencible don Jaime de Aragon, que fué por sus hazañas y heroicos hechos llamado el Conquistador; el aragonés rey don Fernando y la castellana Isabel, príncipes belicosos y conquistadores, y que sus victorias no menos se deben á la valerosa reina, que se halló en las conquistas heroicas entre las mujeres ilustres, y que deja atrás las antiguas Semiramis, Cenobia y Pantasilea? Pues ¿su gran capitán Gonzalo Hernandez de Aguilár y Córdoba, á quien con tanta justicia dieron tantas naciones rendidas el título de grande! Bien conocido es por estas partes, y aun le tiembla el reino de Nápoles, adonde vamos, y toda la Francia, que del hizo retirar hartas veces y muchas marchar sin orden ni concierto; el mochacho Garcilaso de la Vega, que apenas le apuntaba el bozo, cuando en el cerco de Granada hizo aquella memorable hazaña, quitando el Ave Maria, que le envidiara y llorara mas el grande Alejandro, que el haber escrito Homero los hechos de Aquiles. Y de nuestros tiempos, ¿quién callará el invictísimo emperador Carlos V, que solo el ruido de sus alas ojeó todo el poder del turco de sobre Viena, asombró á Flandes, Francia y las naciones rebeldes, y puso el mundo á sus piés; y cuyas imperiales águilas jamás temieron enemigo, ni debajo del sol hallaron igual competencia? ¿El poderosísimo y supremo monarca don Felipe II, su hijo, á quien demás de los títulos antiguos de invencible, católico y poderosísimo, se le añade el de Prudente? ¿El nuevo Marte don Juan de Austria, su hermano, siempre vencedor y no vencido, temor de turcos y asombro de paganos; cuya diestra dió tinta roja de sangre turquesca á las soberbias ondas de Lepanto? ¿Don Alvaro Bazán, marqués de Santa Cruz, famoso capitán de mar, y insigne en valor y fortaleza? ¿El estrenuo conquistador famosísimo Fernán Cortés, cuyas milagrosas hazañas apenas el mundo sabe creer, y ni el tiempo las sabrá borrar, ni la invidia oscurecer? ¿Don Diego Gomez de Sandoval, conde de Castro y Denia, adelantado mayor de Castilla? Hizosele merced de Denia por el rey don Fernando, en principio de recompensa de los importantí-